

unomásuno

Nacha canta a Benedetti, estruja; muchos lloraron de emoción en la sala bien llena

Fernando de Ita



Nacha Guevara canta a Benedetti con nostalgia, con alegría, con entereza.

Cuando la artista argentina Nacha Guevara canta al poeta uruguayo Mario Benedetti, y este lee sus poemas acompañado por la música del rioplatense Alberto Favero, como sucedió anteanoche en el Teatro de la Ciudad, uno tiene elementos para decir que por aquí están cruzando algunos de los caminos más libres de América, en cuanto al arte se refiere.

Replegados de Buenos Aires, en donde esta combinación del talento latinoamericano se dio por primera vez en 1972, imposibilitados de presentarse nuevamente en la sala de El Galpón, en Montevideo, Nacha, Benedetti y Favero aprovecharon su estancia simultánea en México para que Federico Mastache los presentara ante un público que, además de apreciar su trabajo

artístico, ha llegado a quererlos por lo que todos dan y representan.

Por lo pronto, uno sabe que ante estas tres figuras se debe llevar el corazón bien puesto porque lo van a estrujar como una esponja de la que saldrá el coraje, la emoción y el aliento de estar, como dijo el poeta, por la vida, por las mujeres de buenas piernas y mejor ideología, y por la resistencia ha-

cia todo aquello que prohíba un canto, un poema, una música como la de estos tres artistas.

Que Nacha siga cantando los *Poemas de la oficina* que Benedetti escribió en 1956 y Alberto Favero musicalizó en los setentas, porque es cierto, el pasado inmediato y la actualidad del Uruguay y la Argentina, le dan a la cálida sencillez de estos poemas un peso específico: nos recuerdan todo lo que ha sido destruido y lo que tiene, debe, será inevitablemente recuperado.

De otra manera, si en este continente no hay oportunidad que una mujer y un hombre tengan la certeza de que sus hijos nacerán en otras condiciones, esta será la tierra de las bestias, no la de los hombres. Y hay un hecho que la voz de Nacha, los poemas de Benedetti y la música de Favero certifican: se está en pie de lucha para que esto no suceda.

Que Nacha siga cantando los poemas del amor y desamor que componen el libro de *Poemas de otros*, en los que Benedetti hizo suyas las voces de otras personas, porque también es cierto; la militancia política no excluye la militancia

amorosa, y siempre habrá algo que los amantes sólo podrán expresar con el lenguaje de sus cuerpos y la intimidad de su silencio.

Que Nacha siga cantando a Benedetti con la música de Favero, porque habrá que preguntarle a menudo a nuestros ministros, *De que se ríe*, y seguirá siendo necesario hablar del *Triunfo de los muchachos*, así como escuchar una y otra vez la carta del *Hombre preso que mira a su hijo*, y tener muy presente que hay *Un padre nuestro latinoamericano*.

Ayer, el Teatro de la Ciudad fue de algún modo un escenario de América en el que se dio lo que falta ya en otros muchos foros del continente: la libertad del espíritu.

Canciones-ventanas, las llamó el poeta con certeza porque la voz de Nacha y la música de Favero se abren hacia el público que mira en ellas el dolor, la alegría, la enteraza de la gente que se ha negado a bajar la cabeza dócilmente frente a los asesinos de sus pueblos.

Que Nacha siga cantando a Benedetti, que Benedetti siga escribiendo sus poemas, que Favero continúe poniéndole su música, hasta el día de la victoria; quizá entonces ni la voz de Nacha, ni los poemas de Benedetti ni la música de Favero serán tan necesarios como ahora. Por lo pronto, la voz, el poema, la música de estos tres individuos prefiguran el día de la derrota de los asesinos.